

rimiento, cuando se presenta el Caballero señor Occelletti.

— Buenos días, Don Bosco; desearía hablaros.

— Excusadme, voy á tomar el tren.

— Es para daros un dinero.

— Don Rua puede recibirlo; dádselo pronto y acompañadme, que conversaremos en el camino.

El Caballero Occelletti era un insigne bienhechor del Oratorio, y traíale todos los sábados alguna ofrenda. Estando en marcha expresóle á Don Bosco que sólo en la mañana le había venido la idea de anticipar la acostumbrada visita, viniendo en día miércoles para darle el producto de ciertos billetes de lotería.

— No sé por qué este dinero me importunaba y atormentaba el pensamiento.

— ¿Y á cuánto llega ese dinero importuno?

— No es gran cosa: treinta francos y algunos céntimos.

Don Bosco se sonrió.

— ¡Y tan sólo por eso queríais que me dejase el tren!

Luego estrechándole la mano concluyó:

— Don Rua os dirá cuán inspirado habéis estado; si no es por vos, habríamos á mediodía tenido un requerimiento.

1866.

UN SECRETO PARA MORIR TRANQUILO

En 1866 Don Bosco, á causa de la extraordinaria extensión de sus obras, había emitido una importante lotería.

Un día, llególe de Roma una carta bien singular. La marquesa V***, junto con pedirle billetes, le hacía una súplica y un ofrecimiento, cuya sustancia es como sigue:

« Feliz, cuanto se puede ser en la tierra, vivo, sin embargo, con una angustia terrible: el pensamiento de la muerte me causa indecible inquietud y mi fe no es bastante á sobreponerse á ese involuntario terror. A medida que os escribo un movimiento convulsivo se apodera de todo mi ser. Pronta estoy á cualquier sacrificio para obtener que esta penosa idea cese de atormentarme, y hé aquí por lo cual me dirijo á vos. El tiempo apremia: padezco una enfermedad incurable y que puede quitarme la vida quizá muy pronto. Aseguradme, os suplico, que la Santísima Virgen, vuestra bondadosa María Auxiliadora, me concederá la gracia de no temer la muerte y de verla llegar con toda serenidad, y yo por mi parte os prometo que, siendo ya Cooperadora de vuestras Obras, seré vuestra servidora y la servidora de vuestros hijos. Mi voluntad, y todos mis bienes de fortuna y cuanto

me resta de vida os pertenecerán, pondré el empeño posible en ser respecto de vos un instrumento fiel de la divina Providencia; pero ¡por piedad! que María Auxiliadora me libre del terrible espanto que me causa la muerte.»

Don Bosco le contestó á vuelta de correo:

— «Os aseguro que María Auxiliadora os concede la gracia deseada; moriréis tranquilamente y sin advertirlo. Cumplid vuestra promesa y la Santísima Virgen no faltará á la suya.»

Pasaron algunos años. La marquesa V***, libre de aquellas angustias, y llenando con admirable abnegación su compromiso, parecía no vivir sino para los huérfanos de Don Bosco.

Un día á fines del año 1871 la marquesa dice á su marido que era excelente cristiano:

— Tiempo hace que no he hecho una confesión general; si te parece, me dispondré á ello en los últimos días del año.

— Excelente idea; seguid vuestra inspiración.

El último día de diciembre la marquesa había terminado su confesión general. Al día siguiente, celebración de año nuevo, después de la santa comunión, hallándose reunida en el almuerzo toda la familia, rebosaba de singular contento.

De repente manda á un criado:

— Abrid los postigos.

— Señora marquesa, están abiertos.

— Abridlos ¡qué entre la luz!

Nueva respetuosa observación del doméstico.

Todos estaban atentos á esta extraña indicación,

cuando la marquesa, como iluminada por repentina luz, con indefinible acento exclama:

— ¡Ángel! (éste era el nombre de su marido) ¡Ángel! tal vez esté á punto de morir. Y con una alegría celestial que transfiguraba su semblante, repitió: — ¡Ángel, yo muero, yo muero!... y se durmió en el Señor.

María Auxiliadora cumplía su promesa.

Don Bosco recibió esta noticia en el colegio de Varazze, donde se hallaba indispuesto. El marqués terminaba así su carta:

«Yo no lloro esta muerte como una desgracia, sino que bendigo á María Auxiliadora como autora de un insigne favor.»

1867.

CURACIÓN DE UN GENERAL

Un general enfermó de muerte en Turín; confesóle Don Bosco, pero, á pesar de la declaración de los médicos que no había tiempo que perder, no le dió la comunión.

La familia quedó sorprendida.

Era el 22 de mayo. — General, hábale dicho Don Bosco, pasado mañana celebramos la fiesta de *María Auxiliadora*; encomendaos á ella con fervor, y, reconocimiento de vuestra curación, id ese día á su iglesia á recibir la santa comunión.

El 23 la salud del General empeoró de manera que la muerte parecía inminente. Queríase que no pasase á la eternidad sin las gracias de los últimos sacramentos; mas como Don Bosco hubiera recomendado que no se le llevara la Extremaunción en su ausencia, la familia, sin saber qué hacer, á las ocho de la noche mandóle advertir el peligro que se temía de que el enfermo no llegara á la mañana siguiente.

En tal día, víspera de tan amada fiesta para la familia salesiana, Don Bosco, desde temprano, hallábase en el confesonario, donde todavía muchos escolares aguardando su turno le rodeaban.

— Tened la bondad de ir pronto, Padre mío; el General se muere y apenas si podréis llegar á tiempo.

— Pero ya veis que confieso; no es posible despedir á estos pobres niños; iré tan pronto como concluya.

Y continuó oyendo á sus penitentes.

A las once, cuando terminó, un carruaje le esperaba á la puerta.

— Daos prisa os lo suplico, Padre mío.

— Mucho lo deseo; pero yo no he tomado nada desde esta mañana, me siento estenuado; y si no como antes de media noche, me deberé privar de un alimento de que necesito mucho, porque mañana desde las cinco de la madrugada he de continuar confesando.

— Venid, señor, en la casa encontraréis de todo.

Sube al carruaje y á poco llega á casa del General.

— Pronto, pronto, Padre mío; el enfermo está en la agonía.

— ¡Gente de poca fe! ¿No os he dicho que el General comulgará mañana, día de la fiesta de María Auxiliadora? Ya se acerca la media noche; dadme algún alimento.

Don Bosco se sienta á la mesa con aquella tranquilidad que jamás perdía, y concluída la cena se vuelve en coche al Oratorio.

En cuanto al General, parecía muerto; nadie podía comprender que su inmovilidad no era más que un apacible sueño.

A la mañana siguiente, muy temprano, pidió á su hijo los vestidos, porque según estaba convenido, quería ir á recibir la comunión de manos de Don Bosco.

A las ocho de la mañana Don Bosco se vestía los ornamentos sagrados para decir Misa cuando entra en la sacristía un personaje de pálido semblante.

— Aquí me tenéis, Padre mío.

— Muy bien, mi estimado señor; pero excusadme que os pregunte á quién tengo el honor de hablar.

— ¡Cómo! ¡no reconocéis al General!...

— ¡Ah! ¡Bendita sea María Auxiliadora! Bien os había yo advertido que vendrías á su santuario en el día de su fiesta.

— Padre mío, hacedme el favor de oírme en

confesión; pues deseo comulgar en vuestra misa como me lo dijisteis.

— Pero antes de ayer os confesasteis; eso basta.

— Querría al menos acusarme de la falta de fe de que me reconozco culpado.

Don Bosco le reconcilió, le dió la santa Comunión y el General volvió en perfecta salud á su casa.

1868.

VOCACIÓN Y CURACIÓN

En 1868 cerca de Fenestrelles un joven, recién terminados sus estudios de filosofía, sentíase inclinado al estado religioso; pero huérfano de padre y madre estaba á cargo de su abuelo quien decidió ocuparle en la carrera del comercio y al efecto le buscó un empleo en una casa de Lyon.

La partida debía efectuarse el sábado siguiente; mas dos camaradas que hacían sus estudios en el seminario fueron el lunes á invitarle para hacer juntos una visita á Don Bosco, á quien deseaban mucho conocer, y que acababa de llegar á esa ciudad. Dicho joven si bien ni de nombre le conocía, por complacer á sus amigos, se ofreció á acompañarlos.

Don Bosco apenas los saluda mira con gran atención y bondad al joven destinado al comercio

y tomándole las manos dice: *Hé aquí un mirlo que es necesario hacer entrar en la jaula.*

El joven se siente vivamente impresionado y sin darse razón de ello, despiértansele con más fuerza los deseos de consagrarse á Dios. Una entrevista con Don Bosco acaba de determinarle á obedecer á la vocación ¡y cosa singular! el abuelo no puso ya dificultad alguna.

En esos momentos eran conducidas á Don Bosco dos niñas, hermanas, casi ciegas, una de seis, otra de ocho años. La primera apenas podía distinguir la noche del día; la mayor, á consecuencia de una inflamación crónica, tenía de tal modo contraídos los párpados que le era absolutamente imposible abrirlos.

Don Bosco aconsejó una novena en honor de María Auxiliadora: tres *Padrenuestros*, *Avemarías* y *Salves* cada día; y encomendó al mencionado joven que acompañase á la madre é hijas en la recitación de tales oraciones.

El mismo día que terminó la novena las dos enfermas recobraron la vista: la una quedó completamente sana, la otra conservó una insignificante mancha que, sin impedirla ver, servía para traer más á menudo á la memoria la gracia obtenida.

El joven asistente á la novena fué testigo de la curación instantánea. No sólo recibió las sagradas órdenes sino que se entró Salesiano. Hijo muy amado de Don Bosco, Don José Ronchail — tal es su nombre — hoy día tiene la dirección del Oratorio de San Pedro y San Pablo en París.

1868.

UN AMIGO ENFERMO

En 1868 siendo Don Rua Prefecto del Oratorio, incansable en el trabajo, apenas tomaba cuatro horas de reposo en la noche.

Esto le ocasionó tan grave enfermedad que viéndose ya á las puertas de la muerte, recibió los últimos sacramentos. Pero ¡cuál no sería su dolor al hallarse á la sazón ausente Don Bosco y ver que debía partir de este mundo sin poderle habiar una vez más siquiera!

Grande fué el alivio que todos experimentaron en la casa cuando á consecuencia de un urgente llamamiento vieron llegar al amado Padre.

— Venid, venid pronto, señor, que Don Rua se va.

— ¡Oh! yo conozco á Don Rua, contestó tranquilamente Don Bosco; él no es capaz de irse sin mi permiso.

Y en vez de subir á la alcoba del enfermo dirígese á la capilla y se pone á confesar. En la tarde va á verle.

Entonces Don Rua después de cambiadas algunas palabras con el buen Padre le dijo: Oh ¡Don Bosco! le ruego me diga si me ha llegado la hora de partir de este mundo; estoy resignado á lo que Dios disponga.

Don Bosco á modo de chanza le contestó: *Queda tranquilo, que aun cuando te echara abajo por esta ventana no morirías todavía.*

Al día siguiente, después de decir misa vuelve á visitarle y se encuentra con el médico que le advierte la gravedad del mal. *Don Rua está muy enfermo, pero debe sanar porque tiene aún mucho que hacer,* le respondió Don Bosco.

En efecto, contra toda esperanza, el enfermo recobró poco después la salud. Vive todavía; y sucesor de Don Bosco, es Rector y Jefe de todas las Obras Salesianas.

1869.

UN MÉDICO INCRÉDULO

Un acreditado médico se presentó un día á Don Bosco en el Oratorio de San Francisco de Sales en Turín.

— ¡Me han dicho que curáis toda clase de enfermedades!

— En manera alguna.

— Me lo han asegurado nombrándome las personas y la naturaleza de las enfermedades.

— Muchas personas vienen acá á implorar alguna gracia por mediación de María Auxiliadora; si después de un triduo ó de una novena obtienen la salud, no soy yo quien se la da: es un favor únicamente debido á la Virgen Santísima.

— Que también á mí ella me sane y creeré en tales milagros.

— ¿Cuál es vuestra enfermedad?

Contestó el doctor que padecía una epilepsia que hacía un año que le atormentaba con tanta fuerza que, temiendo un accidente, sólo podía salir acompañado; que no habiendo encontrado recurso alguno en la medicina venía acá como tantos otros á buscar la curación.

— Entonces haced lo que los otros: arrodillaos, orad conmigo, disponeos á purificar vuestra alma con la confesión y á confortarla con la comunión y la Virgen Santísima os consolará.

— Mandadme otra cosa: eso no puedo hacerlo.

— ¿Por qué?

— Porque sería una hipocresía de mi parte: yo no creo en Dios, ni en la Virgen, ni en la oración, ni en los milagros.

Don Bosco quedó consternado; mas con la ayuda de Dios encontró tan elocuentes palabras que el doctor se hincó de rodillas é hizo la señal de la cruz.

— Estoy maravillado de saber hacerla todavía, dijo él, porque hacía cuarenta años que no la había hecho.

Oró y concluyó por confesarse.

Inmediatamente después se sintió sano.

Jamás se le ha repetido el menor síntoma de aquel mal; y frecuentemente ha venido á dar gracias á María Auxiliadora que le curó del cuerpo y del alma.

1869.

UN CONVENIO

El marqués de X*** decía un día á Don Bosco:

— Padre mío, yo querría hacer algo por vuestra Obra; pero en este momento no me es posible, pues acaba de anunciármeme que no tiene el menor valor un pagaré de veinte mil francos con el cual contaba.

— Los que os lo anuncian pueden equivocarse.

— No es probable: mis agentes son muy hábiles y me escriben que no debo alentar ninguna esperanza.

— Y si recobrarais esa suma ¿qué haríais?

— ¡Oh! me comprometo, Padre mío, á daros la mitad; pero es una quimera.

— ¡Quién sabe! es para los niños, quienes pronto se pondrán en oración.

Pocos días después el marqués recibe cinco mil francos, que, según le dice su abogado, se han conseguido de una manera inesperada; poco más tarde otros cinco mil y por fin toda la suma.

El marqués remitió fielmente á Don Bosco los diez mil francos prometidos.

1869.

UNA MEDALLA DE MARÍA AUXILIADORA

Vivía en Vinovo, aldea cercana á Turín, una joven llamada María Stardero, la cual tuvo la desgracia de perder totalmente la vista. Ansiosa de recobrarla concibió el pensamiento de hacer una peregrinación á la iglesia de María Auxiliadora, y un sábado del mes que le está consagrado, acompañada de su tía y otra señora, se presentó en el templo. Después de breve oración ante la imagen de la Virgen Santísima fué conducida á la presencia de Don Bosco, en la sacristía, y allí tuvo con él esta conversación.

— ¿Cuánto tiempo hace que estáis enferma?

— Mucho, pero hace como un año que nada veo.

— ¿Habéis consultado á los médicos? ¿Qué dicen? ¿No os han dadado algún remedio?

— Hemos usado toda clase de remedios sin resultado alguno, respondió la tía; los médicos no dan la menor esperanza. Y se echó á llorar.

— ¿Distinguíis los objetos grandes de los pequeños?

— No, señor, no distingo nada absolutamente.

— ¿Veis la luz de esa ventana?

— No, señor, nada veo.

— ¿Queréis ver?

— Señor, soy pobre; necesito la vista para buscar la subsistencia, ¿no he de quererlo?

— ¿Os serviréis de los ojos para bien de vuestra alma y no para ofender á Dios?

— Lo prometo con todo mi corazón.

— Confiad en la Santísima Virgen; ella os sanará.

— Lo espero, mas entre tanto estoy ciega.

— Veréis.

— ¡Ver yo!

— Entonces Don Bosco con tono y ademán solemnes exclamó:

— A gloria de Dios y de la bienaventurada Virgen María, decid ¿qué tengo en la mano?

La joven abrió los ojos, los fijó en el objeto que Don Bosco le presentaba y gritó:

— Veo una medalla de la Santísima Virgen.

— Y en este otro lado de la medalla, mostrándoselo, ¿qué hay?

— Un anciano con una vara florida: es San José.

Renunciamos á describir lo que entonces pasó: sólo añadiremos que habiendo María extendido la mano para coger la medalla, cayó ésta al suelo, yendo á parar á un rincón de la sacristía, y la misma María por orden de Don Bosco, la buscó y la encontró, con lo que dejó á todos perfectamente convencidos de la realidad de la curación, la cual fué tan completa como prodigiosa, porque María Stardero no ha vuelto á padecer de los ojos.

¡Cosa singular! La tía que la acompañaba curó simultáneamente de un agudo reumatismo que le impedía el trabajo en el campo.